

creadas por la iniciativa particular.

El Sr. Robertson, continúa trabajando en la organización de nuevas compañías y atrayendo nuevos capitales, aparte de los que por sí solos toman asiento en la importante plaza fronteriza.

Aparte del Sr. Robertson, otras muchas personas han seguido su ejemplo, y entre todas han hecho efectivo el progreso material de Monterrey.

Si esos hombres en lugar de escoger Monterrey, hubieran escogido otro punto de la República, esa ciudad, á pesar de la *notabilidad del estadista* que pesó sobre ella, estaría en la mismas condiciones que cualquiera otra del país en donde no hayan entrado ni la industria ni el comercio.

Nada, pues, le debe Monterrey al Gral. Reyes, nada que sea de provecho. Lo único que le debe, es la inmensa tolerancia que disfrutaban unos individuos que se llaman Chapa Gómez y Quiroga que regentan casas de juego en aquella ciudad; garitos que dejan pingües utilidades á los que viven con la explotación de los incautos. Esto es lo que se debe al Gral. Reyes como Gobernador de Nuevo León y contra lo que debería protestar el hediondo Círculo Unión y Progreso, no de lo que decimos nosotros.

Las minas que hay en el Estado, no serían explotadas si á consecuencia de la construcción del Ferrocarril del Golfo, no se hubiera puesto á Monterrey en comunicación con Tampico. Para la construcción de ese ferrocarril, el Sr. Gral. D. Gerónimo Treviño desplegó grande actividad como Presidente de la Compañía, actividad que indudablemente se habría desplegado de igual suerte, aun que no hubiera sido Reyes Gobernador del Estado.

El Ferrocarril Internacional tomó en cuenta las utilidades que obtenía el Ferrocarril del Golfo, y por esa razón construyó su línea hasta Monterrey, hace dos

años, y no porque el Gral. Reyes hubiera sido Gobernador.

Por lo anterior, vemos que el Gral. Reyes se lo debe todo á Monterrey, pues si ese funcionario hubiera tenido que gobernar un Estado como Guerrero ó como Chiapas, pasaría tan desapercibido como cualquiera otro gobernante y si no hubiera habido un Robertson en Monterrey nadie oiría hablar de tal gobernante, ni habría círculos serviles.

Este es, á grandes rasgos, el progreso de Monterrey, que nada le merece á Bernardo Reyes.

Pero aparte de que nada puso de su cosecha para el adelanto de la capital fronteriza, puso en las Municipalidades, alcaldes parecidos ó peores que aquel Barreda de Candela, Coah., y Jefes Militares como Aureliano Díaz, el que hostilizó á los liberales de Lampazos.

Mató toda clase de libertades y los periodistas huyeron de Monterrey para ponerse á salvo de la inquina oficial.

Tanto descuidó al Estado, que muchas autoridades fueron señores de horca y cuchillo en sus respectivas Municipalidades y la ley fuga sembró el espanto entre los pobres fronterizos.

En el Estado no hubo seguridad alguna, pues el bandidaje exhibió su infamia y el dinero y vidas de los ciudadanos estaban á merced de cualquier bandido. A millares murieron los ciudadanos al golpe de los asesinos. El Sr. Dr. D. Ignacio Martínez fué una víctima del bandidaje.

Y ésto á pesar de que los rurales como Pedro Hernández se multiplicaban en la frontera.

La indignación conmueve al organismo, cuando se recuerda el sin número de asesinatos efectuados en Nuevo León, por individuos á quienes ni se juzgó siquiera. Uno de los asesinatos que produjo mayor escándalo, fué el cometido en la persona del joven comerciante D. Manuel Alanís, en Sabinas Hidalgo.